



El deseo ardiente de Jesús: Nuestra participación en la Misa dominical

Carta Pastoral

Cardenal Seán P. O'Malley, OFM Cap.

20 de Noviembre, 2011 – Solemnidad de Cristo Rey

A. Introducción: Comidas en familia

El miércoles anterior al día de Acción de Gracias es el día del año en que más se viaja. Cada año, muchos de nosotros afrontamos decididamente atascos de tráfico y aeropuertos colapsados porque queremos estar con nuestros familiares en el día de Acción de Gracias, incluso cuando sabemos que el pavo puede estar seco, el relleno apenas comestible y la conversación aburrida. ¿Por qué? Vamos porque sabemos que nuestra presencia es importante para nuestros padres, hermanos, familia y amigos – y nosotros les queremos. Todos somos testigos del amor que nos tenemos cuando estamos a la mesa en el día de Acción de Gracias y en otras ocasiones importantes, como cumpleaños, aniversarios, bautizos, Primeras Comuniones, bodas y funerales. Nuestra presencia es para todos un signo del don y de la importancia de la familia en nuestras vidas.

En mis años de joven sacerdote, dando charlas de preparación matrimonial, siempre subrayaba la importancia de la comida en familia. Rememoro ahora mi niñez y recuerdo cómo nos reuníamos cada tarde para la cena – los hijos, mis padres y mi abuela, que vivía con nosotros. Era un tiempo de un vivo intercambio, en el que contábamos las cosas tristes o divertidas que nos habían pasado durante el día. Compartíamos ideas y aspiraciones. Pero aún más importante, era un tiempo de compartirnos unos a otros. La oración era siempre una parte de la reunión, dando gracias antes de las comidas y a menudo rezando el Rosario después. Como era un niño, había muchos lugares donde hubiera preferido estar, como fuera jugando, o visitando a algún amigo. Y en cuanto a la comida, bueno, como se suele decir, el libro más breve del mundo es el libro de recetas irlandés: ¡cuécelo todo y sírvelo con la papa! Recordándolo ahora, sin embargo, me doy cuenta de que esas cenas con el clan O'Malley es donde descubrimos nuestra identidad y forjamos lazos que han durado toda la vida. Allí era donde compartíamos nuestras historias, y nuestras historias individuales se entrelazaron para formar una historia que todos compartimos.

B. El deseo ardiente de Jesús – Hagan *esto* en memoria mía

La comida de Acción de Gracias de nuestra familia católica tiene lugar cada Domingo. La palabra *Eucaristía* viene del griego *εὐχαριστία*, y significa literalmente “acción de gracias”. Jesús mismo instituyó esta tradición familiar la noche antes de su muerte. Cuando reunió a sus discípulos en la sala de arriba para la Última Cena, les dijo: “He deseado ardientemente comer esta pascua con ustedes.”¹ Les enseñó la importancia del servicio humilde con el lavatorio de los pies.² Entonces tomó pan, lo bendijo, lo partió y, con su poder divino, lo transformó en su propio cuerpo, sangre, alma y divinidad. Les dijo: “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna.”³ Luego les instó a que “hagan *esto* en memoria mía.” Desde ese día, hace casi 2000 años, la Iglesia ha seguido el mandato de Jesús.

El ardiente deseo de Jesús es celebrar esta comida de acción de gracias con cada uno de nosotros todos los domingos. Nosotros oramos de muchas formas buenas y provechosas, pero ninguna iguala la oración que es la Misa dominical. Es la que Jesús nos imploró que hiciéramos en su memoria. Como escribió San Pablo a los cristianos de Corinto del siglo primero: “Cada vez que comen este pan y beben de esta copa, proclaman la muerte del Señor hasta que vuelva.”⁴

Vivimos en unos tiempos en los que mucha gente dice ser “espiritual pero no religiosa”. Si ustedes ven su relación con Dios de esa forma, les agradezco que estén leyendo esta carta. Se dan cuenta de su hambre de Dios y quieren tener una relación con Dios porque Él les ha creado, les ha redimido y les ama. Quizá se han alejado con el tiempo de la práctica asidua de nuestra fe o, posiblemente, han elegido conscientemente no unirse a nuestra familia los domingos. Por favor, sepan que les echamos de menos. Jesús instituyó la Eucaristía y fundó la Iglesia para reunir a su pueblo elegido y para fomentar la comunión con él, y a través de él, con los demás.

Nuestra cultura de hoy promueve un individualismo malsano, que ciertamente se ha introducido en la forma en que algunos miembros de nuestra familia católica practican su fe. Pero ser discípulo de Cristo no es nunca un volar a solas; es una peregrinación en familia que dura toda la vida. Y en el corazón de esa aventura está el banquete eucarístico, donde la Última Cena y el Calvario se hacen presentes. El Papa Benedicto describe lo que ocurre en la Misa de esta forma:

En la celebración de la Eucaristía, nos encontramos en la ‘hora’ de Jesús... [y] esta ‘hora’ de Jesús se convierte en nuestra hora; su presencia en medio de nosotros... Convirtiendo el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre, Él anticipa su muerte, la acepta en su corazón y la transforma en un acto de amor. Lo que por fuera parece simplemente una violencia brutal – la crucifixión – se convierte interiormente en un acto de amor desinteresado... En su corazón, la gente siempre y en todo lugar ha estado de alguna manera esperando un cambio, una transformación del mundo. Aquí, ahora, está el acto central de transformación que puede sólo él renovar realmente el mundo... Jesús puede dar su Cuerpo, porque se dona Él mismo verdaderamente... El Cuerpo y la Sangre de Cristo se nos dan para que también nosotros seamos transformados. Debemos convertirnos en el Cuerpo de Cristo, su misma Carne y Sangre. Todos comemos del mismo pan, y esto significa que nos hacemos uno.⁵

Hay quien dice que “la Misa es aburrida” o “no saco nada de ella” o “yo rezo a mi manera”. Consideren por un momento como se sentirían unos padres si sus hijos dijeran cosas similares de la celebración familiar del día de Acción de Gracias o de una fiesta de cumpleaños. “No saco nada de la celebración” o “es aburrida” o “celebraré tu cumpleaños a mi manera”. Nos sentiríamos decepcionados, insatisfechos, y ciertamente esperaríamos que la familia pudiera reunirse al completo en la siguiente oportunidad. Igualmente, el deseo ardiente de Jesús es que estemos todos presentes cada domingo en su comida de acción de gracias.

C. La Misa del domingo: Un hambre grande a través de las épocas

La Eucaristía es el gran don que Jesús nos ha dado, y el cumplimiento de su promesa de estar con nosotros siempre hasta el fin de los tiempos. Es una parte central en el plan de salvación de Dios por su infinito amor por nosotros.

Hoy día, muchos católicos parece que no dan importancia al don de la Misa del domingo. Me produce una gran tristeza como líder espiritual de la Arquidiócesis de Boston el ver que, cada domingo, tantos católicos deciden no estar en la Misa. Hasta no hace mucho, casi todos los católicos iban a Misa el domingo, a menos que estuvieran enfermos o incapacitados.

En los primeros tiempos de la Iglesia, los cristianos no disfrutaban de libertad de religión, como hoy nosotros en los Estados Unidos. Eran constantemente perseguidos por las autoridades de Roma por asistir a Misa. El Papa Benedicto XVI cuenta a menudo la historia de los mártires de Bitinia (hoy Túnez). El año 303, cuarenta y nueve cristianos sufrieron tormento y martirio por desobedecer la orden del emperador romano Diocleciano de no celebrar la Eucaristía el domingo. Cuando les preguntaron por qué habían desobedecido al emperador, uno de ellos dijo: “sine dominico non possumus” – “sin el domingo, no podemos vivir.”⁶

De hecho, durante casi 2000 años, los cristianos han arriesgado sus vidas para participar en la Misa del domingo. Durante la Reforma en Inglaterra, hubo sacerdotes que fueron martirizados al ser encontrados celebrando la Santa Misa con católicos ingleses. Hubo laicos valerosos que, por dejar sus casas como lugares de culto católico y dar refugio a sacerdotes, sufrieron tortura y muerte.

El testimonio de los santos en nuestro propio tiempo atestigua el precio tremendo pagado por miembros de nuestra familia católica por celebrar la Eucaristía dominical. Durante el siglo pasado, los católicos de los antiguos países comunistas, como la Unión Soviética o Vietnam, eran perseguidos por practicar su fe. Hoy día, en lugares como Egipto, China, Corea del Norte, Irak, Sudán e incontables más, los católicos arriesgan su vida y viajan horas para asistir a Misa el domingo. Damos gracias a Dios por no tener que arriesgar nuestras vidas para asistir a Misa en nuestra parroquia local. Nos alegramos de que, a diferencia de los que viven en zonas pobres, no tenemos que caminar millas, subiendo cuestras o yendo por carreteras malas y polvorientas, para asistir. La inmensa mayoría de nosotros puede tranquilamente atravesar la calle o ir en nuestro carro para llegar a nuestra querida parroquia. Pero la facilidad, la comodidad y la legalidad de asistir a Misa no debiera ser causa de que perdamos de vista que la Misa es tan preciosa que muchos de nuestros hermanos y hermanas católicos alrededor del mundo están afrontando con valor graves inconvenientes y persecuciones para recibir lo que, por el amor de Dios, tenemos a nuestra disposición cerca de nosotros.

En su primera carta del Jueves Santo a los sacerdotes, el Beato Papa Juan Pablo II recordaba emotivamente situaciones de la fe triunfando sobre la persecución de su propia experiencia personal de vivir bajo opresión religiosa:

... a veces pasa que [los fieles] se reúnen en un santuario abandonado, y ponen sobre el altar una estola que tienen guardada, y recitan todas las oraciones de la liturgia eucarística; y luego, en el momento que corresponde a la transubstanciación, viene sobre ellos un silencio profundo, silencio a veces roto por un sollozo... tan ardientemente quieren escuchar las palabras que sólo los labios de un sacerdote pueden pronunciar con eficacia.⁷

La Beata Madre Teresa de Calcuta hablaba a menudo de la hermosura de cada Misa. Solía instar a los sacerdotes recién ordenados a “celebrar cada Misa como si fuera tu primera Misa, tu última Misa y tu única Misa”. En otras palabras, rogaba a los sacerdotes que nunca tomaran a la ligera la celebración de la Misa y la dejaran convertirse en una rutina. Yo pido lo mismo a todos los católicos de la Arquidiócesis. Así como debemos estar agradecidos por cada día que Dios nos da, anticipemos y participemos en cada Misa como si fuera nuestra última y única Misa. No quitemos nunca importancia a la maravilla que es el encuentro con Dios cada domingo que celebramos la Eucaristía juntos.

D. ¿Por qué van los católicos a Misa?

A veces podemos obsesionarnos con las razones por las que los católicos dicen que faltan a Misa. Esto es importante, y la Iglesia tiene que escuchar estas preocupaciones y responder a ellas. Pero es igualmente importante subrayar y compartir las muchas razones por las que los católicos, a través de la historia de la Iglesia, han acudido y continúan acudiendo a ella con ardiente anticipación.

1. Queremos responder al amor de Dios

“Tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo único para que el que crea en Él no perezca sino que tenga vida eterna.”⁸ El amor de Jesús por nosotros le llevó a ofrecerse a sí mismo en la cruz para nuestra salvación. El mismo amor salvífico de Jesús le lleva a continuar dándose a sí mismo a través del don de la Eucaristía.

La palabra “amor”, especialmente hoy día, ha sido despojada de gran parte de su belleza y significado. A menudo ha quedado reducida a un “sentimiento”. En griego hay siete palabras para amor, y la palabra para designar el amor que Dios nos tiene conlleva acción, una donación. El amor que debemos tener a Dios, como respuesta, debe ser también una donación, de nuestro tiempo, energía, preocupaciones, esperanzas y alegrías. La Misa es el mejor lugar para agradecer a Dios por los dones que nos da, aparte de sí mismo – especialmente la vida, la familia, los amigos, la fe y el amor.

2. Deseamos encontrarnos con Cristo de la manera más profunda posible

En la Misa, la eternidad y el tiempo se encuentran. Parte del plan de salvación de Dios es que podamos encontrarnos directamente con Él y recibir su gracia a través de los sacramentos. Como Él es todo amor y verdad, confiamos en Él cuando Él y la Iglesia que fundó nos enseñan que Él está realmente presente con nosotros en la celebración de la Misa.

La Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II explica que Cristo está para nosotros presente de cuatro formas durante la celebración de la Misa: (1) en la comunidad que celebra; (2) en la Palabra proclamada; (3) en el sacerdote que preside; y (4) en la Eucaristía.⁹ El Doctor Tom Curran explicó estas cuatro formas de la presencia de Cristo en la Misa de una manera muy provechosa.¹⁰

Primero, encontramos a Jesús en la comunidad de los fieles. Cada uno de nosotros ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios. La amabilidad compartida con los demás en el nombre de Jesús es una manera de mostrar amabilidad a Jesús mismo. Además, al unirnos a la comunidad de los fieles, quedamos incluidos en la oración de Jesús de agradecimiento y alabanza a Dios Padre. Es un encuentro santo con Jesús y con nuestros compañeros de fe.

Segundo, encontramos a Jesús en su Palabra. Las lecturas que se proclaman de la Sagrada Escritura son verdaderamente las palabras de vida eterna y la carta de amor de Dios a su pueblo. Lo que resulta realmente sorprendente es que, si rogamos antes de la Misa para que nos guíe en una decisión y escuchamos atentamente la proclamación de las Escrituras y la homilía, Dios a menudo nos hablará con palabras que tenemos necesidad de escuchar.

Tercero, encontramos a Jesús en el sacerdote. Jesús decidió que la recreación de su sacrificio en el altar fuera hecha por un sacerdote ordenado o un obispo. Cuando el sacerdote habla en primera persona durante la Consagración, y dice “Tomad y comed todos de él, porque éste es mi cuerpo”, Jesús habla por medio de él. Está en la persona de Cristo, el Eterno Sumo Sacerdote. A través del sacerdote, podemos participar en el acontecimiento más grande de la historia, el que nos salvó de nuestros pecados y nos abrió la posibilidad de una vida eterna con Dios en el cielo.

Cuarto, y más importante, encontramos a Jesús en la Eucaristía. Tomamos el cuerpo y la sangre de Jesús en nosotros y Jesús nos transforma. Nos hacemos uno con Él recibiéndole en la Sagrada Comunión, y a través de Él, con los demás.¹¹

Debido a estos encuentros directos con Cristo en la Misa, buscamos ser participantes activos – no espectadores pasivos – escuchando su Palabra, compartiendo en el ofertorio, uniéndonos al canto, y proclamando un reverente “Amén” (“realmente creo”) cuando nos acercamos preparados para recibir a Jesús en la Eucaristía.

3. Queremos reunirnos y orar con nuestra familia parroquial

La celebración de la Misa, como la vida, tiene una dimensión vertical y otra horizontal. Esto se asemeja al gran mandamiento, que nos enseña a amar a Dios y luego amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

La vida cristiana es una peregrinación que hacemos con nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Jesús nos dio ejemplo reuniendo a todos los apóstoles en la Última Cena, en vez de tener una docena de comidas individuales. Dios sabía desde la eternidad que estaríamos en nuestra comunidad concreta en este momento concreto y que el discipulado se vive en amistad y fraternidad con aquellos por los que y con los que rezamos cada Misa dominical. Nuestra presencia es para cada uno un símbolo de nuestra solidaridad y unidad con Dios y con los demás. Es la expresión más plena de nuestra identidad cristiana.

Liturgia significa “trabajo de la gente”. El trabajo más grande que hacemos cada semana es adorar a Dios y rezar por, y con, nuestra familia parroquial.

4. Queremos fortalecer nuestra familia

El Padre Patrick Peyton, el gran “sacerdote del Rosario”, nos enseñó que “la familia que reza unida, permanece unida”. Promovía el rezo de un rosario familiar diariamente. De la misma forma, yo recomiendo asistir y celebrar la Santa Misa juntos para fortalecer a nuestras familias para afrontar los muchos retos de hoy día que a menudo dividen las familias.

Durante el sacramento del Bautismo, se recuerda a los padres que ellos están llamados a ser los primeros y mejores educadores de sus hijos en los caminos de la fe. Sabiendo que la Misa es la oración central del catolicismo y que es la fuente y la suma de la vida cristiana, enseñamos a nuestros hijos y nietos una de las lecciones más importantes cuando asistimos a la Misa con ellos.

Recientemente, asistí a una cena donde se honraba al director de una de nuestras escuelas católicas de secundaria. En su discurso dijo: “Yo crecí en una familia donde ir a Misa el domingo era tan opcional como respirar.” Muchos de nosotros en la audiencia nos pudimos identificar con esas palabras – no se trataba de padres autoritarios o presión social, sino más bien del sentido de la importancia que tenía la Eucaristía dominical para la identidad y la supervivencia de nuestra familia. No ir a Misa es dejar de respirar; es el camino seguro a una asfixia espiritual.

5. Queremos dar testimonio de nuestra fe y dejar una herencia viva para nuestros hijos y nietos

Los hijos están siempre observando a sus padres y abuelos. Educamos a nuestros jóvenes con la forma en que participamos en la Misa. Los hijos que ven a sus padres llegando temprano a la Iglesia para rezar antes de la Misa, querrán imitarles. Los hijos que vean que sus padres y otros adultos reciben con reverencia la Eucaristía, se darán cuenta más fácilmente de que la Eucaristía es verdaderamente el Cuerpo y Sangre de Cristo. El ejemplo de los padres es una parte esencial de la preparación para recibir la Primera Santa Comunión. Los hijos que oigan a sus padres decir lo mucho y por qué han disfrutado la Misa estarán menos inclinados a comparar la Misa con la televisión y a decir que es “aburrida”.

Es un gran legado para quien asiste a un funeral cuando describimos al difunto como alguien que nunca faltó a la Misa del domingo y que tenía un gran deseo de recibir la Eucaristía y de estar con su familia parroquial. Durante mi niñez, mi familia y otras de nuestra parroquia íbamos normalmente juntos a las confesiones del sábado por la tarde y a la Misa del domingo por la mañana. Tras la Misa, las familias enteras se reunían para un gran almuerzo dominical y un tiempo para relajarse. La celebración del domingo, el Día del Señor, era un legado que pasaba de generación en generación. Era un tiempo para edificar la familia de Cristo, la Iglesia, así como nuestra propia familia.

La vida de hoy se ha vuelto apresurada. La tecnología permite que el trabajo y otras responsabilidades se entrometan en el tiempo dedicado a la familia. Los deportes juveniles, que solían tener distintas temporadas, y sin juegos los domingos, son ahora actividades de todo el año y los juegos empiezan tan temprano como a las 7 de la mañana los domingos.

Muchas familias tienen horarios más ocupados y frenéticos los domingos que el resto de la semana. El domingo se ha convertido simplemente en parte de un fin de semana de dos días. El Beato Papa Juan Pablo II escribió sobre esto en su carta pastoral de 1998 sobre el Día del Señor:

La costumbre del ‘fin de semana’ se ha generalizado, un periodo semanal de respiro, empleado quizá lejos de casa y que a menudo incluye la participación en actividades culturales, políticas o deportivas, que normalmente se realizan en días libres. Este fenómeno social y cultural no carece, por supuesto, de aspectos positivos si, respetando los auténticos valores, puede contribuir al desarrollo de los pueblos y al avance de la vida de la sociedad como un todo. Todo esto responde no sólo a la necesidad del descanso, sino también de la celebración, que es inherente a nuestra humanidad.

Desafortunadamente, cuando el domingo pierde su significado fundamental y se convierte simplemente en parte del ‘fin de semana’, puede ocurrir que la gente se estanque dentro de un horizonte tan limitado que ya no puedan ver el cielo. Por ello, aunque estén listos para celebrar, en realidad son incapaces de hacerlo. A los discípulos de Cristo, sin embargo, se les pide que eviten cualquier confusión entre la celebración del domingo, que debería ser verdaderamente una forma de santificar el Día del Señor, y el ‘fin de semana’, entendido como un tiempo simplemente de descanso y relajación.¹²

San Ignacio llamaba a los cristianos gente que “vive de acuerdo con el Día del Señor” porque se reunían el primer día de la semana, tras el Sabbath judío, para celebrar la resurrección de Cristo. Su vida se renovaba con este culto sagrado. Como dice el Papa Benedicto, el domingo no es sólo una suspensión de las actividades ordinarias, sino un tiempo en el que “los cristianos descubren la forma eucarística que sus vidas deben tener.”¹³ La manera en que celebramos el domingo afectará la manera en que vivimos el resto de la semana y es una marca de identidad cristiana de generación en generación.

6. Queremos ser transformados por la gracia sacramental de Cristo

La Eucaristía no es sólo algo simbólico. Jesús dijo: “Soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan, vivirá para siempre;... el que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y... permanece en mí y Yo en él.”¹⁴ Tras oír estas palabras, muchos discípulos abandonaron a Jesús, pero Él nos les llamó para decirles “estoy sólo bromeando”, o “esto es sólo una manera de hablar”. En cambio, preguntó a los Apóstoles si también ellos iban a abandonarle. San Pedro contestó en nombre de todos los discípulos fieles: “Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna.”¹⁵

Las gracias y el discernimiento transformador que Dios provee en cada celebración de la Misa nos ayudan a avanzar hacia una vida más feliz y santa. Al prepararnos para la Misa, tenemos la oportunidad de rogar confiadamente que Cristo nos dé la gracia santificante. Al llegar, podemos pedir a Dios que nos hable a través de las lecturas, la música, la homilía y las oraciones, y que nos muestre la manera en que podamos crecer para ser más la persona en la que Dios pensó cuando nos creó. Cuando tengan ese discernimiento, pueden orar durante el resto de la Misa para saber cómo poner en práctica esa iluminación durante la semana siguiente.¹⁶

La Eucaristía nos da fortaleza para afrontar los retos de la vida y ser conscientes del amor de Dios por nosotros.

7. Queremos participar en la victoria de Jesús sobre la muerte y en la salvación del mundo

Cada Misa de domingo es una “pequeña Pascua” porque resalta la Resurrección – la victoria de Jesús sobre la muerte. Esta victoria es la más importante de la historia del mundo, porque abre la posibilidad de la vida eterna.

Consideremos por un momento el hecho de que Dios nos amó tanto a cada uno de nosotros que se encarnó – como ser humano – para poder sufrir muerte en una cruz como sacrificio por nuestros pecados. Lo hizo porque quería que viviéramos eternamente con Él en el Cielo. Su victoria, a través de su amor, se convierte también en nuestra victoria.

Los fans de los deportes en Boston han tenido durante la última década la buena fortuna de celebrar muchos campeonatos. Nuestros desfiles de victoria han tenido una asistencia increíble. Ningún fan de deportes de la nación puede negar que Boston sabe cómo celebrar una victoria. ¿No sería estupendo si eso mismo se dijera de nosotros por la forma en que celebramos la victoria más grande de todas – la victoria de Jesús sobre la muerte?

8. Queremos saborear por anticipado el Cielo

“Cada vez que celebramos la Eucaristía,” predicó el Beato Juan Pablo II en 2004, “participamos en la Cena del Señor, que nos hace saborear por anticipado la gloria celestial.”¹⁷

El Papa añadiría en su hermosa encíclica sobre la Eucaristía:

La Eucaristía es una... degustación anticipada de la plenitud de gozo prometida por Cristo; es en cierto modo la anticipación del cielo, la ‘promesa de la gloria futura’.¹⁸ En la Eucaristía, todo habla de la espera confiada ‘en la alegre esperanza de la venida de nuestro Salvador, Jesucristo.’ Los que se alimentan de Cristo en la Eucaristía no tienen que esperar a la otra vida para recibir la vida eterna: ya la poseen en la tierra, como los primeros frutos de un futuro pleno que abrazará al hombre en su totalidad. Porque en la Eucaristía también recibimos la promesa de nuestra resurrección corporal al fin del mundo: ‘El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y Yo le resucitaré el último día.’¹⁹ Esta promesa de la futura resurrección viene del hecho de que la carne del Hijo del Hombre, dada como comida, es su cuerpo en su estado glorioso tras la resurrección. Con la Eucaristía digerimos, digámoslo así, el ‘secreto’ de la resurrección. Por esta razón, San Ignacio de Antioquía definía correctamente el Pan Eucarístico como ‘una medicina de inmortalidad, un antídoto contra la muerte’.²⁰

San Agustín escribió: “¡Oh Dios, nos has hecho para ti, y nuestros corazones no descansan hasta que descansan en ti!”²¹ Dios quiere que experimentemos una profunda paz y alegría compartiendo su vida divina. La Misa, en la que recibimos esa vida divina dentro de nosotros, es un anticipo de esa paz y alegría celestial.

9. Queremos seguir la guía amorosa de Dios y comprometernos a profundizar nuestra relación con Dios

Los mandamientos de Dios y las enseñanzas de la Iglesia que se basan en ellos se malentienden a menudo como cargas, en vez de guías y sabiduría para tener un viaje lleno de alegría y paz tanto en esta vida como en la otra. Dios nos ha creado, y sabe lo que nos hará realmente felices.

El tercer mandamiento de Dios nos enseña a santificar el Sabbath. Para los cristianos, ese Sabbath semanal es el domingo, al que los primeros cristianos siempre llamaban el Día del Señor. Dedicando el domingo a Dios, poniendo en primer lugar lo primero y poniendo a Dios por encima de las demás cosas, experimentaremos un mayor orden y tendremos más paz en nuestras vidas.

La Iglesia nos pide a todos el compromiso de acudir a Misa el domingo. Haciendo esto, prometemos hacer nuestra parte para cuidar nuestra relación con Cristo y con nuestra familia eclesial – el Cuerpo de Cristo.

La relación de Cristo con la Iglesia la describe la Sagrada Escritura como la del novio con su novia.²² Su amor sacrificado es algo a lo que la Iglesia quiere corresponder. Es el modelo para el amor entre esposo y esposa. Imaginen si una esposa, en una cena de celebración de aniversario con su esposo, le dijera que había aceptado la invitación a cenar sólo para “cumplir su obligación”. ¿Cómo creen que se sentirían ustedes si les dijeran algo así?

De igual modo, nosotros vamos a Misa como respuesta a un compromiso de amor, no simplemente a cumplir una obligación. Cristo desea ardientemente encontrarse con nosotros en la Misa y estar con nosotros en todo momento. Él espera que correspondamos a su ardiente deseo y lo convirtamos cada semana en un compromiso personal de amor y gratitud.

Cuando era seminarista, recuerdo haber leído en un diario una entrevista con Flannery O’Connor sobre lo que suponía crecer como católico en el Sur. O’Connor dijo que había muy pocos católicos y había muchos prejuicios en su contra. Contó la historia de su mejor amiga, que era baptista. Flannery la invitaba a menudo a la Misa. Finalmente, la niña obtuvo el permiso de su mamá para aceptar la invitación de Flannery un domingo. Flannery esperó impacientemente a que acabara la Misa para poder preguntar a su pequeña amiga si le había gustado. La niña dijo: “¡Vaya! Ustedes los católicos tienen realmente algo especial. El sermón fue muy aburrido, la música ha sido un desastre, el sacerdote decía las oraciones en una lengua que nadie entendía, y ¡toda esa gente estaba allí!”

Aunque algunas quejas sobre la forma en que se celebra la Misa son válidas – y no hay duda de que deberíamos tratar de hacer la celebración de la Misa lo más hermosa que podamos – debemos asegurarnos de que nos concentramos en lo que ya es hermoso – la gente reunida, la proclamación de la Palabra de Dios, el sacrificio eucarístico y la comunión que compartimos con Dios y con los demás. Obviamente, eso es lo que la gente en la parroquia de O’Connor hacía. No estaban allí para que los entretuvieran. La mayoría de ellos estaban allí probablemente porque se habían dado cuenta de que “sine dominico non possumus” – “¡sin el domingo no podemos vivir!”

E. El nuevo Misal es una gran oportunidad para mejorar nuestro culto²³

Este Adviento, muchas de las oraciones de la Misa cambiarán por primera vez desde hace casi 40 años con la implementación de la nueva traducción al inglés del Misal Romano. De igual modo que al restaurar una pintura algunos elementos que se habían oscurecido se hacen visibles de nuevo, esta nueva traducción restaura mucho de la belleza y el carácter sagrado de las oraciones, que se habían oscurecido.

Esta nueva traducción representa el cambio litúrgico más significativo en cuatro décadas, y es, por tanto, una gran oportunidad para catequizar sobre la Misa. Muchas de nuestras parroquias han patrocinado ya sesiones de educación para adultos e incluido artículos sobre la Misa en sus boletines.

Yo animo a todos los católicos a dedicar tiempo a aprender las nuevas oraciones de la Misa. Cuanto más crezca nuestro conocimiento de la Misa, más probable será que crezca nuestro amor por ella. Se pueden encontrar estupendos recursos de ayuda para el estudio en Internet, en CatholicTV.com/missal, en la página de la Arquidiócesis, BostonCatholic.org/NewRomanMissal, y en StudyMyFaith.com.

Al comprometernos a rezar la Misa de una forma nueva, puede que encontremos elementos de la celebración tal como es ahora que necesiten mejorar. ¿Celebramos la Misa con reverencia y dignidad? ¿Es nuestra hospitalidad cálida y nuestra bienvenida auténtica cuando nos reunimos la comunidad los domingos? ¿Cómo se puede mejorar la experiencia de los recién llegados y de los católicos que vuelven? ¿Hasta qué punto nos esforzamos en conocer los nombres de los demás? ¿Hay suficientes reuniones tras las Misas para edificar la comunidad? ¿Se sienten bienvenidas a nuestras Misas las familias con niños?

¿Cuál es la experiencia de la comunidad con los cantos de música sacra? La música puede ser uno de los aspectos más bellos de nuestra liturgia, y tenemos muchos músicos, cantores y coros con talento en la Arquidiócesis de Boston. Las liturgias más bellas, no obstante, son aquellas en las que *todos* cantan. Independientemente de que consideren su voz bonita o no muy bonita, es la que Dios les ha dado, y si se esfuerzan en hacerlo lo mejor posible, eso será precioso a los ojos de su Padre Celestial – así que, por favor, canten. Si el coro de su parroquia necesita algunas voces, consideren unirse a ellos. Cantar, como ha dicho San Agustín, es rezar dos veces, y recibirán bendiciones por su participación.

Muchas parroquias se beneficiarían con nuevos voluntarios para mejorar nuestras reuniones del domingo. Si todavía no están involucrados en ningún ministerio especial el domingo, o si les gustaría participar más, vean por favor a su párroco o a alguien del personal de la parroquia.

F. Mensajes particulares

1. A los católicos que no han estado asistiendo a la Misa de domingo

Mis queridos hermanos y hermanas, sepan por favor que los extrañamos, que los amamos y que esperamos que se unan de nuevo a nuestra familia católica en nuestra Misa dominical.

Algunos de ustedes se han alejado de la Iglesia y han estado esperando un momento oportuno para regresar. Ruego para que consideren éste el momento para unirse a nosotros en nuestro viaje de fe hacia el cielo. La santa enseñanza de la Iglesia nos ofrece una guía, una dirección y un sentido en un mundo donde muchos no pueden encontrar su camino. Nuestra fe nos orienta a Jesús, que es “el Camino, la Verdad y la Vida”²⁴.

Algunos de ustedes han tomado la decisión de dejar de venir a la Iglesia porque se han sentido dolidos por las acciones de alguien de la Iglesia o por alguna dificultad con las enseñanzas de la Iglesia. Desde mi primer día como Arzobispo de Boston y quizá por el resto de mis días, estaré siempre pidiendo perdón a todos los que han sido heridos por las acciones, o la inacción, de gente y de líderes de la Iglesia. Por favor, no dejen que esas experiencias y recuerdos les separen del amor de Cristo y de nuestra familia católica y les impidan recibir la gracia de los sacramentos.

Cuando comenzamos con la iniciativa *Católicos vuelvan* el Miércoles de Ceniza, un periodista me preguntó qué diría a los católicos que no asisten a Misa porque no están de acuerdo o tienen preguntas sobre la doctrina de la Iglesia. Respondí que nuestra doctrina no cambia porque la gente no esté de acuerdo con ella; nuestra fe viene de la misma enseñanza de Cristo en las Escrituras y de la autoridad del magisterio de la Iglesia a través de las épocas. No obstante, reconocemos que muchos luchan por conciliar la doctrina de la Iglesia con las normas sociales de la América de hoy; a ellos les decimos: queremos entablar un productivo diálogo con ustedes. Queremos que sepan que son parte de nuestra familia. Queremos asegurarles que Dios les ama y les espera en la Misa del domingo. El mejor lugar para comenzar un diálogo es reunirse con la familia de los creyentes en la comunidad de culto.

Para los que se consideran no bienvenidos a la Misa debido a alguna irregularidad o conflicto moral, sepan por favor que son siempre amados por Dios y que la comunidad católica desea su presencia entre nosotros. Somos todos hermanos y hermanas en Cristo. La imposibilidad para cumplir con todos los aspectos del culto cristiano o para recibir la comunión no debería apartarles de la Misa. De hecho, la misma gracia de ser fiel al precepto del domingo puede proveer la gracia actual, si colaboran con ella,

que les dé la fuerza de superar obstáculos concretos y encontrar caminos de reconciliación. Nosotros estamos dispuestos a ayudarles.

2. A mis hermanos sacerdotes

La pasada década ha supuesto un reto para vivir nuestra vocación sacerdotal. Aún así, ustedes han perseverado con fe y valentía. Gracias por su amor a Cristo y a la gente a la que sirven. Gracias por trabajar incluso más duro al bajar el número de sacerdotes activos.

Los retos a los que nos enfrentamos hoy son similares a los que afrontaron los sacerdotes de la Arquidiócesis de Boston durante nuestros primeros cien años. Muchos de nuestros primeros sacerdotes eran misioneros de Francia, Irlanda, Italia y otros lugares. Eran muy pocos y tenían que atender a muchos católicos. Nosotros hemos entrado en un tiempo de Nueva Evangelización, en el que también hay pocos de nosotros y muchos católicos que atender en nuestras parroquias y un número aún mayor a los que tenemos que llegar e invitar a que vuelvan a casa. Eso hace que éste sea un gran momento para ser sacerdote, porque sabemos que no podemos hacerlo solos. Pero sabemos que todo lo podemos en Cristo, que nos fortalece. Su gracia nos basta.

Recientemente, en el blog oficial de la Arquidiócesis de Washington, un párroco escribió un artículo en el que se preguntaba si era realista pensar que podría duplicar la asistencia a su parroquia en un año. Concluyó que si era capaz de inspirar a su parroquia para adoptar un plan en el que “cada uno llega a uno”, entonces sí era realista. Diseñó una estrategia detallada de formación, oración, compromiso, testimonio, establecimiento de relaciones e invitación. Pidió a cada miembro de la parroquia que hiciera todo lo posible para traer una persona de vuelta a la Iglesia en un año. El sacerdote se preguntaba en su artículo si se había fijado un objetivo demasiado elevado o si estaba poniendo demasiado énfasis en los números. “En el corazón de la evangelización”, decía, “están las relaciones: encontrar a Cristo en los demás, permitirles que se encuentren con Él en nosotros. Esto es lo que hizo Cristo, salió y se encontró con los demás y les llamó al Reino, por etapas y estableciendo relaciones.” Preguntó abiertamente: “¿Estoy loco?” Respondió: “Quizá, pero al menos llámenme loco por Cristo. Voy a ponerme una meta elevada, que dupliquemos nuestro número los domingos. No simplemente por el número, sino por lo que representa, almas volviendo a la casa de Dios, a nutrirse en el altar de la Palabra y de la Eucaristía, para estar más profundamente inmersos en Cristo.”²⁵ Por favor, consideren, junto con sus consejos parroquiales y sus trabajadores, si estarían dispuestos ustedes también a fijar una meta “loca” para duplicar el número de almas que se encuentran con Jesús en nuestras parroquias. Ésta podría ser una gran actividad para acometer durante la celebración eclesial del “Año de la Fe”, desde Octubre de 2012 hasta Noviembre de 2013, que señalará el 50 aniversario del comienzo del Concilio Vaticano II.²⁶

Por ser sacerdotes, tenemos que reflexionar sobre el papel fundamental de la predicación para catequizar, motivar e inspirar a la gente para que lleven vidas de discipulado fiel. Los sacerdotes y los diáconos podrían buscar las oportunidades para preparar juntos las homilias, reflexionando sobre la Palabra de Dios y su aplicación a las necesidades y circunstancias de la gente de nuestras parroquias.

Las Misas de formación pueden ayudar a nuestra gente a profundizar su conocimiento de las distintas partes de la Misa. Hace dos años, la arquidiócesis introdujo un nuevo programa para preparar parejas para el matrimonio que incluía una profunda catequesis sobre la doctrina cristiana. En su evaluación, los participantes dijeron que lo que más les gustó de este programa de dieciséis horas fue la Misa de Formación. Eso, por supuesto, mostró a los instructores que muchos jóvenes católicos están deseosos de aprender sobre la Misa.

Muchas parroquias han descubierto que las familias con hijos pequeños aprecian mucho las Misas para familias celebradas con dignidad y fervor. Llegando de esta forma a las familias jóvenes, afirmamos que la familia entera – todas las edades – es bienvenida a la Eucaristía del domingo. Los tenues sonidos de un bebé llorando o de un niño pequeño hablando son un himno al futuro. Hay dos puntos importantes que tener en cuenta. Primero, es bueno tener la misa para las familias todo el año, para no dar la impresión de que la asistencia a Misa es importante sólo mientras se dan las clases de educación religiosa. Segundo, es importante subrayar que todos son bienvenidos a todas las Misas. Si hay familias jóvenes que no pueden asistir a la Misa para las familias, deberían ser calurosamente bienvenidos también en cualquier otra Misa. Y la Misa para las familias debería ser una experiencia enriquecedora también para los que no van con niños.

Las celebraciones litúrgicas reverentes y bellas requieren una cuidadosa formación y adiestramiento de los ministros litúrgicos. Según se profundiza en el conocimiento, se profundiza también en la reverencia y el amor por la sacralidad de la liturgia. Deberíamos buscar oportunidades para reunir a nuestros ministros litúrgicos y tener una formación permanente con ellos, así como involucrar a los jóvenes en los servicios litúrgicos. Hay varias oficinas arquidiocesanas que ofrecen buenos esquemas para el adiestramiento de los ministros litúrgicos, y los talleres orientados a la implementación de la nueva traducción del Misal Romano son un buen comienzo.²⁷

De igual forma, les animo a poner énfasis en la música sagrada de nuestras liturgias. Nuestros himnos son una forma de orar, no entretenimiento, y su belleza debería llevarnos a contemplar la belleza del banquete celestial. De nuevo, rezar con el nuevo Misal Romano provee una oportunidad para concentrarse en un grupo de himnos más reducido que todo el mundo sabe de memoria.²⁸

Al ser clero, debemos liderar con el ejemplo. Los sacerdotes y los diáconos tenemos la responsabilidad especial de desarrollar nuestras funciones con un sentido profundo de reverencia por los misterios que celebramos. Debemos ser hombres y maestros de oración. Al pedir a nuestra gente que sean evangelizadores, debemos nosotros mismos serlo en la manera en que invitemos, involucremos y acojamos, y también en la manera en que preparemos a nuestra gente para la evangelización, la misión central de la Iglesia.

3. A los consejos y trabajadores parroquiales

Gracias por su dedicado servicio a la Iglesia. Sus esfuerzos, siguiendo la guía de su párroco, son muy importantes para la renovación de la Iglesia en nuestra Arquidiócesis.

Por favor, concentren su energía en la evangelización y en las iniciativas para animar a la participación en la Eucaristía dominical durante todo el año. Si trabajan en una parroquia en la que los parroquianos viajan mucho durante el verano, por favor pongan las listas de MassTimes.org en su boletín y transmitan a sus parroquianos que estarán encantados de ayudarles a encontrar una comunidad de culto para cuando viajen. Como dice el dicho, queremos llevar a Jesús con nosotros de vacaciones.

Es importante que toda nuestra gente haga una invitación personal a alguien para que se una a nosotros en la Misa. Me gustaría pedirles que comiencen este proceso y que luego se aseguren de que estemos constantemente formando y animando a la gente para que inviten.²⁹ Fórmenles para llegar a los alejados, para dar una breve catequesis sobre la Misa y para dar testimonio de su amor a la Eucaristía. Luego involucren a la parroquia entera.

Por favor hagan listas de aquellos que queremos invitar. Los registros parroquiales y los censos pueden ser de ayuda. Debemos, por supuesto, intentar llegar a aquellos que han bautizado a sus hijos, los han traído para la Primera Comunión y Confirmación, han apuntado a sus hijos en las clases de educación religiosa, se han casados recientemente, o han asistido a funerales, y a los que en el pasado usaban nuestros sobres para la ofrenda.

Por favor planeen una extensa visitación del vecindario, quizá como preludio a una misión parroquial, a un día de reflexión, o a una tarde de oración. Los territorios parroquiales se pueden dividir en zonas, y los parroquianos que vivan en esas zonas pueden invitar a sus vecinos y amigos que no vienen a Misa o no están afiliados a ninguna religión, primero a sus casas para una reunión, y luego a la parroquia para alguna liturgia. Otra forma de animar a la gente a reconectar con la Eucaristía dominical es con los rosarios en las casas durante los meses de Octubre y Mayo.

Por favor hablen con sus recepcionistas, animadores, los que pasan los cestillos, los voluntarios, los líderes de los ministerios y los empleados parroquiales sobre la mejor forma de practicar la hospitalidad con los recién llegados y de las habilidades necesarias para invitar, atraer e involucrar a los parroquianos en la vida de la parroquia. Los materiales que preparamos para la iniciativa *Católicos vuelvan* pueden ayudarles en esta tarea.³⁰ Todos en la parroquia pueden ser ministros de hospitalidad, bienvenida e invitación. Consideren también por favor invitar a algún parroquiano a formar un ministerio para recién llegados, si no tienen ya uno, alguien que pueda ponerse en contacto con todos los nuevos parroquianos para ponerles en relación con otros parroquianos y familias.

Los programas de transporte compartido pueden convertirse en un importante ministerio en la mayoría de las parroquias. Hay muchos católicos que agradecerían que les llevaran a la Misa y de vuelta a casa, así como la compañía de un amigo parroquiano. Por favor inviten a algún parroquiano a que sirva de coordinador de este ministerio de transporte compartido y empiecen a anunciarlo en el boletín para promocionarlo.

Se ha visto que dar un café tras las Misas, al menos una vez al mes, pero mejor semanalmente, realmente ayuda a profundizar el sentido de comunidad. Si todavía no tienen este ministerio, consideren por favor pedir a un par de familias en cada Misa que lo comiencen y organicen un grupo rotativo de familias que lo lleven.

4. A las escuelas católicas y a los maestros de educación religiosa

Gracias por su respuesta amorosa a la llamada a ayudar a nuestros jóvenes a saber que Dios les ama y a trabajar con los padres en su tarea de educar a sus hijos para llegar a ser adultos bien formados.

Las escuelas católicas y los programas de educación religiosa de las parroquias existen para ayudar a nuestros hijos a ser santos y a vivir el Evangelio. Entre otras cosas, eso significa asegurarnos de que el programa está orientado hacia la Misa del domingo, que debería presentárseles como la actividad más natural para un católico. El testimonio personal de ustedes y su ejemplo son cruciales: cuando sus estudiantes sepan que ustedes “no pueden vivir sin el domingo”, se sentirán inspirados y animados a imitarles en la práctica de su fe.

La Misa es el aspecto central de nuestra vida cristiana y debe estar en el centro de la formación religiosa, desde el jardín de infancia hasta la secundaria. Los educadores católicos deben desarrollar buenos programas y actividades basadas en la fe para reforzar lo que se oye en la Misa. Las clases de los Viernes se pueden usar para dar a los estudiantes un “vistazo previo” de la Liturgia de la Palabra del domingo siguiente, así como instrucción sobre los tiempos litúrgicos.

Debemos recordar a los padres que la educación religiosa es incompleta a menos que incluya la participación en la Misa, estén los jóvenes en una escuela católica o en el programa de educación religiosa de la parroquia. Bien en los encuentros con los padres para enseñarles la escuela, bien en encuentros de preparación sacramental, hagan saber a los padres que las clases de religión incluirán comentar las lecturas de la Escritura de la Misa de cada semana. Muchas de nuestras parroquias se comunican ahora con los padres a través de correo electrónico. Quizá se podría enviar a las familias al final de cada semana un recordatorio vía correo electrónico mencionando brevemente los temas de las próximas lecturas y el interés que tenemos en oír lo que piensan los niños/jóvenes sobre el mensaje de Jesús. Hay muchas páginas en Internet que proponen una “pregunta de la semana” basada en las lecturas del domingo. Todo esto podría ser un recordatorio efectivo para los padres de que esperamos verlos a ellos y a sus hijos en la Misa con nosotros.

Una catequesis positiva y fuerte sobre la Misa del domingo y el hábito de asistir a Misa durante este periodo formativo de trece a quince años no pueden sino proveer a la Iglesia con una generación de católicos seriamente convencidos y comprometidos para hacer del domingo el Día del Señor. La participación de los estudiantes en las Misas de la escuela o en Misas juveniles como lectores, llevando las ofrendas, sirviendo al altar y pasando los cestillos ayuda también a profundizar el conocimiento de elementos importantes de la liturgia.

Nuestra catequesis para jóvenes debería incluir buenos conferenciantes y testimonios de otros jóvenes. Las oficinas de la arquidiócesis pueden sugerirles equipos de conferenciantes que suplementen las charlas dadas por miembros de sus parroquias. Muchas parroquias y escuelas ya han adoptado programas catequéticos y han invitado a conferenciantes especializados en formas adaptadas a las distintas edades para hablar de la belleza del catolicismo, la santidad de la vida, la castidad, “la teología del cuerpo” y las vocaciones, para inculcarles que la fe cristiana y la vida están íntimamente conectadas. Los estudiantes pueden también ver que el recientemente publicado *YOUCAT*, el nuevo catecismo juvenil, es útil para entender aspectos de nuestra fe católica.

Ustedes tienen la rara y preciosa oportunidad de transmitir la enseñanza de la Iglesia en su totalidad a los jóvenes en un momento de sus vidas en que es muy probable que la acepten. Y más importante, pueden inculcar en ellos el aprecio por los dones de la vida y de la fe de una manera que les proteja del relativismo, el individualismo y el materialismo de nuestra época.

5. A los padres

Ustedes son los primeros educadores en la fe de sus hijos. Su más profundo legado en esta vida será ayudar a sus hijos a conocer a Dios y, a través de la gracia de Dios, a llegar al cielo. Nunca es demasiado tarde para hacer de esto una prioridad y para pedir a Dios ayuda.

Su buen ejemplo de fidelidad a la Misa del domingo, su oración y su decencia moral predicán con más elocuencia que cualquier sermón de cualquier sacerdote. Cuando los hijos ven que a sus padres les encanta la Misa del domingo, es muy probable que les llegue a gustar a ellos también. Demasiado a menudo los padres “vienen por los niños”, y los hijos porque “mamá y papá me han traído”. Hablen a sus hijos de su amor a Jesús, de porqué vienen a la Misa del domingo en familia, y de la razón por la cual su aprendizaje de la fe en la escuela o en la parroquia es uno de los regalos más importantes que les pueden dar. Les pido que vivan el domingo como el Día del Señor, un día que incluya la Santa Misa, educación religiosa, actividades recreativas, comida en familia, lecturas espirituales y obras de caridad.

Tomen por favor parte activa en la educación catequética de sus hijos. Ésta es una gran oportunidad para dar testimonio de su fe y para contar cómo sus padres, familiares y amigos les transmitieron la fe a ustedes. A los niños les encantan las historias, y estas conversaciones pueden ser parte de la tradición transmitida a la siguiente generación. Cuéntenles historias de las vidas de los santos. En una época en que la sociedad eleva rápidamente a los artistas y a los atletas profesionales a la categoría de “héroes”, ustedes les estarán haciendo a sus hijos un favor inmenso compartiendo con ellos las historias de aquellos que han llegado al “atrio eterno de la fama”.

Hagan por favor de la oración una parte natural y continua de la vida familiar. Recen antes de irse a la cama, antes de las comidas, en situaciones difíciles, como enfermedades o tensión en la familia. Pidan a sus hijos que recen por ustedes, explicándoles que a Dios le gustan las oraciones de los niños de forma especial. El educador católico Jim Stenson escribe que los niños a menudo sienten que no pueden contribuir mucho a la vida de la familia, pero pueden aprender que sus oraciones tienen poder delante de Dios.³¹ Cuando sus hijos les vean vivir su fe con alegría, aprenderán una lección importante en la vida: que la oración es parte de la vida de los adultos.

Muestran a sus hijos con su ejemplo la necesidad de la misericordia, el perdón y el amor de Dios en el Sacramento de la Reconciliación. No importa qué pecados hemos cometido, el amor de Dios los sobrepasa todos. La confesión nos da una oportunidad de “volver a empezar” en nuestra relación con Dios. Este sacramento es una ayuda especialmente para los adolescentes, que tienen que manejarse en unos años difíciles. Cuando los adolescentes ven la confesión como una actividad normal para sus padres y para otros jóvenes, esto se convierte en un paso normal y útil en sus propias vidas.

Me gustaría añadir una breve nota para los papás: Existen estudios que muestran que los hijos practican su fe con más regularidad si ven a su madre y a su padre practicar la fe juntos. Estos estudios indican también que es la fe practicada por el padre la que más ayuda tanto a los niños como a las niñas a ver la práctica de la fe como una actividad importante de los adultos. Así que, de forma particular, pido a todos los padres que se involucren seriamente en la formación en la fe y que consideren presentarse voluntarios como catequistas para los programas de educación religiosa.

Sé que la fidelidad a la visión que tiene la Iglesia de la vida familiar supone un reto, especialmente en nuestra cultura cada vez más secularizada. Ustedes y sus familias pueden ofrecer a la sociedad en general un poderoso testimonio de la primacía de Dios en su vida. Jesús no prometió que su camino sería fácil, pero sí prometió que Él proveería la gracia necesaria para vivir su vocación. Les pido a ustedes, padres y madres de familias jóvenes, que imiten a Josué y al pueblo de Israel que, interrogados sobre si servirían al Señor o a los dioses paganos, respondieron: “¡Yo y mi casa serviremos al Señor!”³²

6. A los jóvenes católicos

Su participación en nuestra Eucaristía dominical anima nuestra liturgia. Somos afortunados de tener tantos estudiantes universitarios y graduados en la Arquidiócesis de Boston. Somos también afortunados de tener tantos estudiantes jóvenes en nuestras escuelas y parroquias católicas. Los Papas Juan Pablo II y Benedicto XVI han subrayado acertadamente y con frecuencia que ustedes son no sólo el futuro de nuestra Iglesia, son también una parte importante de la Iglesia hoy. Nuestra Iglesia necesita su testimonio.

En un discurso a los jóvenes en Los Ángeles en 1987, el Papa Juan Pablo II dijo:

Ustedes que son jóvenes traen *esperanza* al mundo. El futuro del mundo brilla en sus ojos. Incluso ahora, ustedes están ayudando a perfilar el futuro de la sociedad. Como yo siempre he puesto grandes esperanzas en los jóvenes, me gustaría hablarles hoy precisamente de *la esperanza*... Queridos jóvenes de América, escuchen Su voz. No tengan miedo. Abran sus corazones a Cristo. La alegría más profunda que hay en esta vida es la alegría que viene de Dios y que se encuentra en Jesucristo, el Hijo de Dios. Él es la esperanza del mundo. ¡Jesucristo es su esperanza y la mía!³³

Ustedes son una generación que está buscando relaciones que sean reales y profundamente interpersonales. Yo he aprendido que Cristo es el único que puede cumplir ese deseo y hacer que todas las otras relaciones merezcan la pena. Empleen su tiempo en conocerle.

El Papa Benedicto XVI, en las Jornadas Mundiales de la Juventud 2005 en Colonia, Alemania, habló sobre la Eucaristía a los jóvenes reunidos allí con estas palabras:

La Eucaristía se debe convertir en el centro de nuestras vidas... ¡Queridos amigos! A veces, nuestra impresión inicial es que tener que hacer tiempo para la Misa en el domingo es bastante molesto. Pero si hacen el esfuerzo, se darán cuenta de que esto es lo que da una perspectiva adecuada a su tiempo libre. No se cansen de tomar parte en la Misa del domingo, y ayuden también a otros a descubrirla. Porque la Eucaristía nos da la alegría que tanto necesitamos, y debemos aprender a aferrarnos a ella cada vez más profundamente, debemos aprender a amarla. Comprometámonos a hacer esto -- ¡merece la pena el esfuerzo! Descubramos las íntimas riquezas de la liturgia de la Iglesia y su auténtica grandeza: no es que nosotros celebremos para nosotros mismos, sino que es el mismo Dios vivo quien está preparando un banquete para nosotros.³⁴

G. Conclusión: Apresurémonos a invitar al mundo a nuestra reunión familiar

Para nosotros, cada domingo es el día de la Resurrección. En esa primera Pascua, Jesús se apareció a dos discípulos en el camino de Emaús.³⁵ Los discípulos estaban confusos, dolidos y llenos de miedo y dudas. Estaban tratando de determinar qué pensar de la muerte de Jesús y de la tumba vacía. Discutieron estas cosas con Jesús, a quien no reconocieron. Cuando llegaron al pueblo, pidieron a Jesús que se quedara con ellos. San Lucas dice que, cuando llegaron a Emaús, Jesús hizo además de seguir su viaje. Fue solamente la insistente invitación de los dos discípulos lo que llevó a Jesús hasta su mesa. Creo que eso es un detalle muy importante de este Evangelio. El Señor no nos fuerza a aceptarlo; quiere que le invitemos a entrar en nuestras vidas. Cuando se sentaron para la comida de la tarde, Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. En ese momento, los discípulos reconocieron a Jesús. Repentinamente Jesús desapareció, pero el pan seguía ahí. Los discípulos se dijeron uno a otro: “¿no ardía nuestro corazón en nuestro interior mientras nos hablaba en el camino, mientras nos explicaba las Escrituras?” Entonces los discípulos, inmediatamente, regresaron a Jerusalén a decir a los Apóstoles que Jesús verdaderamente había resucitado y se les había aparecido, y que le habían reconocido al partir el Pan.

También nosotros vivimos en unos tiempos en los que mucha gente está confusa, dolida y llena de miedo. Jesús quiere encontrarse con nosotros de la misma forma en que se encontró con los discípulos en el camino de Emaús. Como ellos, reconoceremos a Jesús y nos encontraremos con Él más profundamente en la partición del pan en la Misa. La Eucaristía es el cumplimiento de la promesa de Jesús de estar con nosotros hasta el fin de los tiempos. Ruego para que nuestro amor por la Misa y nuestro embelesamiento eucarístico se incrementen, para que nuestros corazones puedan arder dentro de nosotros cuando escuchemos la proclamación de las Sagradas Escrituras y participemos en la partición del pan.

Hagamos todos lo que estos dos discípulos hicieron en el camino de Emaús. Apresurémonos a decir al mundo que Cristo está vivo y que desea ardientemente que nuestra familia se reúna en torno a la Mesa del Señor para experimentar el amor de Dios, descubrir nuestra identidad católica y cumplir todos juntos nuestra misión. Proclamemos nuestro deseo de vivir todos los domingos con el Señor y con los demás en la oración suprema de la Iglesia, la Eucaristía, nuestra celebración de Acción de Gracias.

Traducido al español de la carta original en inglés por Fernando Fernández.

¹ Lucas 22:15.

² Juan 13:1-11.

³ Juan 6:54.

⁴ 1 Corintios 11:26.

⁵ Papa Benedicto XVI. Homilía con la ocasión de las XX Jornadas Mundiales de la Juventud, Colonia-Marienfeld, Domingo 21 de Agosto, 2005.

⁶ Papa Benedicto XVI, Bari, Italia, 10 de Mayo, 2005.

⁷ Carta de Su Santidad Juan Pablo II a todos los sacerdotes con la ocasión del Jueves Santo de 1979.

⁸ Juan 3:16.

⁹ *Sacrosanctum Concilium* #7.

¹⁰ Dr. Tom Curran, *La Misa: Cuatro encuentros con Jesús que cambiarán tu vida*, MCF Press, 2008.

¹¹ Papa Benedicto XVI, *Dios está cerca de nosotros*, p. 78.

¹² *Dies Domini*, #4.

¹³ *El corazón de la vida cristiana: Pensamientos sobre la Santa Misa*, San Francisco: Ignatius Press, 2010, p. 77.

¹⁴ Juan 6:51, 54, 56. También citado en el *Catecismo de la Iglesia Católica* #1406.

¹⁵ Juan 6:68.

¹⁶ Matthew Kelly, *Redescubre el catolicismo*, Beacon Publishing, 2010.

¹⁷ Homilía del Papa Juan Pablo II, Basílica de San Pedro, 11 de Noviembre, 2004.

¹⁸ Cf. Juan 15:11.

¹⁹ Juan 6:54.

²⁰ *Ecclesia de Eucaristía*, 18.

²¹ Confesiones 397:1.

²² Cf. Mateo 25:1-13.

²³ Nota del Traductor: Esta sección se refiere a la versión en inglés del Misal, que es la que ha cambiado significativamente. En español tendremos probablemente también una revisión del Misal pronto, aunque no tan extensa como la del Misal en inglés.

²⁴ Juan 14:6.

²⁵ Monseñor Charles Pope, “¿Será realista pensar que puedo duplicar el tamaño de mi congregación en año?” Arquidiócesis de Washington, 7 de Septiembre, 2011.

²⁶ Papa Benedicto XVI, Carta Apostólica “*Motu Proprio Data*”, *Porta Fidei*, Para la indicción del Año de la Fe, 11 de Octubre, 2011.

²⁷ Nota del Traductor: Como ya se dijo en la nota 23, esto se aplica por ahora sólo a la traducción del Misal al inglés.

²⁸ Nota del Traductor: Véase la nota anterior.

²⁹ Los siguientes grupos pueden ayudar a planificar o implementar campañas para llegar a los alejados: los Caballeros de Colón, las Hijas Católicas de las Américas, los Cursillistas, el Camino Neocatecumenal, los grupos de oración, los grupos WING, las organizaciones para hombres, los grupos juveniles, los participantes en ARISE, los catequistas, los ministros litúrgicos y las personas que recogen la colecta.

³⁰ Se pueden encontrar materiales en CatholicsComeHomeBostonCatholicsComeHomeBoston.org.

³¹ James Stenson, *Educación religiosa de los hijos*, ParentLeadership.com.

³² Josué 24:15.

³³ Papa Juan Pablo II. Teleconferencia con los jóvenes en el Anfiteatro Universal de Los Ángeles. 15 de Septiembre, 1987.

³⁴ Papa Benedicto XVI. Jornadas Mundiales de la Juventud en Colonia. 18 de Agosto, 2005.

³⁵ Lucas 24:13-35.